



El distanciamiento social y la pixelización de lo humano¹

The social distance and the human pixelation

Santiago Rodríguez²

Rec: 17/11/20
Acep: 16/04/21

Resumen

La imparable virtualización de las relaciones interpersonales entre los seres humanos ha llevado a la pixelización de este mismo, donde todo lo que compone al individuo se percibe a través de pantallas y representaciones parcializadas, fragmentadas. Con el auge de distintas ideologías, gracias a las redes sociales, esta pixelización se ha tornado en una forma de justificación de discursos de odio, convirtiendo así al otro en un enemigo, en alguien de tenerle miedo pues este afecta lo que considero mi zona de confort, que es donde me reconozco entre mis iguales. Así, lo que se propone en este artículo es definir el concepto de pixelización y cómo afecta nuestras dinámicas sociales para mostrar cómo la digitalización de los contextos es un agravante de esta situación.

Palabras clave: pixelización, relaciones sociales, otro, distanciamiento social, representaciones.

Abstract

The unstoppable virtualization of interpersonal relationships between human beings has led to the pixelization of the same, where everything that builds the individual is perceived through screens and biased, fragmented, representations. With the huge increasing of the social networks a lot of ideologies has taken force making this pixelation a way to justify hate speeches, thus turning the other into an enemy, someone to be afraid of because can affect my comfort zone, which is where I recognize myself, among my equals. Thus, what is proposed in this article is to define the concept of pixelation and how it affects our social dynamics in order to see how the digitization of contexts is an aggravating factor in this situation.

Keywords: pixelation, social relationships, other, social distance, representations.

- 1 Cabe resaltar que gran parte de este trabajo no nace solo, sino que hace parte del trabajo colaborativo en el semillero y en los grupos de estudios pertenecientes a Unicatólica, los cuales me acogieron desde el primer momento: el semillero Conceptos y el grupo Epistemes, los cuales han nutrido todo mi proceso académico y me permitieron llevar a cabo una investigación y a partir de esta se fundamentó una de las premisas de este escrito; también el trabajo con el grupo Erignis, en el cual me apoyaron y me retroalimentaron constantemente con este proyecto. De este modo, queda claro que este escrito no surge del trabajo individual, sino de un cúmulo de colaboraciones entre profesores y, más que estudiantes, compañeros de clase.
- 2 Estudiante de la Licenciatura en Filosofía, perteneciente al semillero adscrito a la Facultad de Humanidades, Teología y Filosofía. Actualmente representante estudiantil de dicha Facultad y representante de los semilleros de investigación de Unicatólica, perteneciente a los grupos de estudio Erignis y Epistemes.

“*El infierno son los otros*”.

SARTRE (1944)

El epígrafe de este texto, una cita de la obra *A puerta cerrada*, del filósofo Jean Paul Sartre, indica cómo en la actualidad vivimos en “el paraíso”, pues desde hace años atrás, más específicamente se puede decir que con el auge del imperante individualismo, el crecimiento del neoliberalismo y el intento de eliminar todo colectivismo, abogando por un rescate del valor individual, la otredad ha sido permeada con discursos de terror y odio, se ha llevado la diferencia a su máximo punto. Tanto es así, que es imposible reconocer y reconocerse en el otro, pasa no a una posición de diferencia sino de enemistad.

Ya no es, como decía Beatrice Hall, resumiendo el pensamiento de Voltaire: “I disapprove of what you say, but I will defend to the death your right to say it”³ (Hall, 1906). Donde más que ver en el otro un enemigo por tener distintas opiniones respecto a un tema, las cuales pueden reñir con las mías, se le identifica como un ser humano tal cual a mí, pero con un segundo punto de vista, lo que puede permitir una comprensión mutua, habilitando el diálogo y el debate, para que de esta forma ambos, el otro y yo, podamos evolucionar en nuestra identidad y, mucho más que eso, en nuestro entendimiento del mundo.

No obstante, en la actualidad se observa cómo al no-yo, al otro, al que es diferente a mí no se le da voz, incluso llegando al punto de amenazar, donde predominan expresiones tales como: “se calla o lo llamamos”. Donde no solo se violenta la relación dialéctica entre tesis-

antítesis, sino que incluso se adopta una posición de intolerancia y violencia. No se acepta la diferencia, solo la igualdad donde me reconozco.

A su vez, en los momentos de cuarentena, como en el que nos encontramos actualmente, se evidencia cómo no se rescata esa diferencia, esa otredad, sino que incluso se “*pixela*” aún más, entendiendo por “*pixelar*”, más allá de la definición usual de la Real Academia Española (RAE) sobre el pixel que versa así: “superficie homogénea más pequeña de las que componen una imagen, que se define por su brillo y color” (RAE, 2019). Es entender la pixelización como esa fragmentación de la representación tanto propia como del otro; es decir, la relación mediada con el otro se da solamente a través de representaciones y opiniones parcializadas, las cuales afectan la manera en que me perciben y me autopercibo; esto se ve favorecido por la imparable digitalización de los contextos. Ya no se busca forjarse una identidad propia, sino que es más importante encajar dentro de la imagen. Puesto que, como menciona el contemporáneo filósofo Byung-Chul Han (2017),

La interconexión digital total y la comunicación total no facilitan el encuentro con otros. Más bien sirven para encontrar personas iguales y que piensan igual, haciéndonos pasar de largo ante los desconocidos y quienes son distintos, y se encargan de que nuestro horizonte de experiencias se vuelva cada vez más estrecho. Nos enredan en un inacabable bucle del yo y, en último término, nos llevan a una “auto propaganda que nos adoctrina con nuestras propias nociones”. (p. 8)

Por lo tanto, casi se puede deducir que el distanciamiento social debido al reciente brote del coronavirus es la desembocadura de un

3 Traducción del autor: No estoy de acuerdo con lo que dices, pero defenderé a muerte tu derecho a decirlo.

discurso que iba en aras de la eliminación del otro a través del miedo y la digitalización para pasar a su pixelización. No lo veo en conjunto como un ser complejo sino que solo veo en él una representación pequeña de lo que Yo quiero ver; es decir, ignoro toda la representación del individuo para fijarme en un solo “pixel” de este y así lograr, incluso, justificar discursos de odio, pues este pequeño pixel es todo lo que se considera reprobable y debe ser eliminado, ya sea por ir en contra de los intereses hegemónicos o por representar un riesgo para lo establecido.

De este modo lo que se hará en este trabajo es, en primera instancia, presentar cómo actualmente el otro no es alguien donde deba reconocerse, pues este es alguien que, siendo opuesto a mí, ya sea ideológica, física o sexualmente, representa un riesgo tanto para mí como para lo que me rodea y por tal motivo debo no reconocerme en él sino eliminarlo. A su vez, en segundo lugar, también se intentará demostrar cómo la crisis del coronavirus y la virtualización a la que nos vimos forzados, no permiten mejorar el reconocimiento y la reconciliación con los otros, sino que, por el contrario, esta otredad se pixela aún más, y con pixelar se hace referencia a la fragmentación completa, tanto del yo como del otro. No es una simple digitalización donde nuestra información se convierte en meros datos, sino que toda nuestra relación con el otro, nuestra representación y la de los demás, nuestra identidad, en otras palabras, la forma en la que me autopercibo y cómo percibo a los demás, está completamente mediada por una pantalla, una imagen, pues al relacionarme con todo a través de una representación puedo reconocerme en lo que veo a través de esta misma, y pues a su vez creo encontrarme con otros. Por lo tanto, nos pixelamos los unos a los otros.

La pixelización del otro

Así, pues, para ejemplificar esta falta de reconocimiento verdadero, tomaremos como ejemplo el asesinato del asesino serial Ted Bundy, pues se considera que es una expresión de la eliminación del otro como concepto e incluso de manera literal, pues el día de su ejecución, e incluso antes, se comercializaba con su muerte. De esta manera, pensar que la muerte de un individuo puede usarse para el placer y el consumo, se considera como la mayor falta de empatía e inclusive de autorreconocimiento en el otro. Además, y por último, se exhibirán otros modos que se consideran como dispositivos del discurso para justificar esta máxima individualización, eliminación del no-yo; en otras palabras, el incremento de lo igual.

Con esto se busca develar cómo el otro, como enemigo construido a través del discurso, llevando la carga de esta diferencia, afecta la relación que se tiene con los demás y a la vez con uno mismo, además de hacer énfasis en el rescate del otro, pues después de la cuarentena y el distanciamiento social dictado por los gobiernos alrededor del mundo, la relación se pixeló completamente; es decir, que esto dio pie a este incremento de lo igual y la salida a este infierno sartreano, haciendo así que se fragmentaran en gran medida las relaciones interpersonales e intrapersonales. Y la única forma de contrarrestar este odio y miedo es el reconocimiento y el autorreconocimiento a los otros como autoconciencias al igual que lo es uno mismo, en otras palabras, sabernos iguales pero diferentes. No obstante, cabe aclarar que las medidas de cuarentena y distanciamiento social, en momentos de pandemia y emergencia, son necesarias para evitar la propagación del virus, pero que esto no nos nuble la cabeza y nos impida pensar críticamente, pues como se buscará probar es una

oportunidad única, la cual logra generar mayor pánico y miedo hacia los otros donde el deseo de eliminarlos se fortalece. Por lo tanto, lo propuesto hace más énfasis en la incertidumbre que nos depara el futuro.

Ya bien decía Hegel, sobre este devenir histórico, sobre el cual siempre la razón llega cuando es demasiado tarde: “Al decir, aún, una palabra acerca de la teoría de cómo debe ser el mundo, la filosofía, por lo demás, llega siempre demasiado tarde. (...) el búho de Minerva inicia su vuelo al caer el crepúsculo” (Hegel, 1968, p. 37). Y aunque, claramente, Hegel no hace mención a ningún tipo de pandemia, se puede hacer una lectura desde esta, pues innegablemente la actual situación quedará para los anales de la historia, pues más de la mitad del mundo en cuarentena, el teletrabajo, la cancelación de vuelos, etc., han marcado el desarrollo, las relaciones y la forma de pensar de casi una generación entera de jóvenes e intelectuales. Esto ha llegado a afectar la propia condición ontológica del ser humano, pues, como es mencionado en algunos trabajos, la expresión es la forma ontológica del humano (Vargas, 2013). De este modo, al pasar toda esta, es decir la expresividad del hombre, al formato *online*, se puede ver perjudicada, porque el lenguaje por el cual nos expresamos no se utiliza como se debiera o porque la pixelización hace su trabajo.

Así que no es descabellado atribuirle algo de verdad en esta cita a Hegel; no obstante, para que de verdad haya filosofía una vez acaecido el devenir histórico, es necesario que durante el proceso de este se hiciera uso de la razón y la crítica, para que una vez se asienten los acontecimientos poder dialogar y resaltar las falencias, o aciertos, que hubo durante este proceso, tanto en las decisiones tomadas por los gobiernos como en el comportamiento cotidiano y la

forma en la que se hace un trabajo colectivo para el cuidado individual y social para de esta forma ir en camino hacia la evolución y el avance en el pensamiento en cada una de sus distintas aseveraciones.

El horror al otro

En primera instancia, antes de exponer la falta de reconocimiento que llevaron al otro a esta situación de horror, donde se anda con constante temor a exteriorizarse, pues se teme a ser tildado de enemigo y ser pixelado para ser eliminado, ya sea metafóricamente o incluso de manera literal, es necesario clarificar el concepto del otro; para esto, se toma como base la propuesta hegeliana acerca del otro como autoconciencia forjadora de sí.

La autoconciencia es primeramente simple ser para sí, igual a sí misma, por la exclusión de sí de todo otro; su esencia y su objeto absoluto es para ella el yo; y, en esta inmediatez o en este ser su ser para sí es singular. Lo que para ella es otro es como objeto no esencial, marcado con el carácter de lo negativo. Pero lo otro es también una autoconciencia; un individuo surge frente a otro individuo. Y, surgiendo así, de modo inmediato, son el uno para el otro a la manera de objetos comunes; figuras independientes, conciencias hundidas en el ser de la vida. (Hegel, 2008, p. 115)

Es observable cómo Hegel percibe la tensión entre este sí mismo autoconsciente con el otro, a su vez también autoconsciente. Donde refleja esta negatividad del otro, lo cual es lo que remarca el yo, pues de la negatividad del otro solo puede nacer la positividad del yo, lo cual se complementa mutuamente, “el yo sólo podrá concebirse como el resultado positivo de esa negación que es la alteridad, es decir: yo soy

el otro del otro. O, si se prefiere, el otro es el yo que no soy” (Álvarez, 2007).

De este modo, al entender al otro como una autoconciencia, tal cual a mí, no solo permite un reconocimiento, sino a su vez el diálogo, pues en este se entiende que el otro también tiene una intersubjetividad, una vida interior donde este, al igual que yo, está caminando hacia el saber.

No obstante, una vez clarificado el concepto de otro, como la negatividad que conforma mi yo y a su vez es como yo, se debe ver que la sentencia en el principio es qué otredad se está perdiendo, se está pixelando. Con esto se quiere dar a entender que la relación entre dos autoconciencias, la del yo y la del no-yo, está mediada, y limitada, ya no solo por la experiencia que puede tener del otro, sino que, a su vez, por pantallas, representaciones e incluso ideologías. Es decir, la relación que tenemos con el otro termina convirtiéndose en una igualdad del yo, pues no me reconozco en el otro en cuanto este es distinto a mí, por lo tanto, a aquel se le retira esta negatividad y se convierte en mera positividad, no me reconozco en el distinto sino en el igual, el que no es como yo es cualquier cosa menos alguien en el cual pueda hallarme. Esto ha ido en aumento a través de los años, primero como temor, luego como digitalización o virtualización y, actualmente, como distanciamiento social.

Para ejemplificar cómo se lleva al máximo esta eliminación del otro se toma el caso del asesino serial Ted Bundy, pues en su momento se llegó al punto de convertir su muerte —la cual fue en la silla eléctrica, como castigo por sus crímenes— en un espectáculo, donde hubo acampadas, pícnicos, venta de objetos conmemorativos, entre otras muchas cosas. De esta

manera se evidencia cómo se da la completa falta de empatía y reconocimiento en el otro, alegrándome de su eliminación, pues lo veo como un enemigo. Olvido toda su parte humana, su intersubjetividad, y no soy capaz de escuchar todo lo que este puede llegar a decir. Como menciona Zizek (2009), al referirse a este otro como enemigo:

Así, pues, este presunto sujeto no es otro ser humano con una rica vida interior llena de historias personales que se narran a sí mismas para adquirir una experiencia de la vida llena de sentido, puesto que tal persona no puede ser en última instancia un enemigo. <Un enemigo es alguien cuya historia no has escuchado>. (p. 50)

En la actualidad se está rodeado de enemigos y de aliados, donde a unos se los identifica como la negatividad y por lo tanto son adversarios por vencer, mientras que los iguales a mí, esta positividad, donde puedo hallar sostén de mis creencias y no se me aparece la oposición, los acepto y continúo de esta manera defendiendo a los “míos” de los otros.

A su vez, con la llegada de las tecnologías y las redes sociales, lo que se podría creer que permitiría un mayor encuentro con los otros, un constante diálogo e infinito acceso a conocimientos, se convirtió en todo lo contrario. La extrema difusión de *fake news*, el incremento de la manipulación mediática, el auge de los discursos de odio, haciendo de esto una forma en la que simplemente el sujeto se inclina más hacia lo que se desea consumir, o creer, a expresar, o a ser. Han (2017) dice que “esa hipervisibilidad, esa hipercomunicación, esa hiperproducción, ese hiperconsumo que conducen a un rápido estancamiento de lo igual resultan obscenos. El «enlace de lo igual con lo igual» es obsceno” (p. 12).

Todo este exceso de visibilidad, de comunicación, de producción y de consumo se da en el marco de las redes sociales, donde a complacencia el individuo se “exhibe”, está en constante “acercamiento”, generando datos y más que relacionarse con otros, los consume. Podría decirse que las redes sociales son como un supermercado o una analogía mejor sería un mercado de la calle o un *pulgnero*, pues en estos la procedencia y la calidad de los productos que se ofrecen pueden ser de dudosa calidad, pero aun así tratan de venderlos como si fueran de la máxima. Lo mismo pasa en redes sociales, donde proyectamos una imagen ficticia de nosotros, la cual queremos compartir. En muy pocas ocasiones, para no decir ninguna, se ha visto que en estas aplicaciones se mencionen verdaderos defectos, problemas e imperfecciones que cada uno posee, llevando así a que no se muestre nuestra representación total sino solamente un pixel de esta. Tomando otra cita del escrito de Vargas (2013): “porque para tener un ‘perfil’ de usuario, no es necesario decir la verdad sobre uno”, cuando hace referencia a una de las primeras redes sociales que existieron, MySpace, remarcando así la posibilidad y el origen de esta representación pixelada de uno mismo.

Por lo tanto, la imagen que subo a redes de mí es la de alguien que no soy yo, o solo es un pequeño fragmento de la totalidad de mi imagen, e incluso modificado, pues tiene filtros, poses, iluminación y demás componentes que difuminan mi verdadera apariencia; es decir, nos pixelamos. De este modo me publicito ante los demás en aras de que me reconozcan y me den su visto bueno, o su *me gusta*. Así, pues, tanto el yo como el otro, el cual a su vez hace lo mismo (proyectar una imagen de dudosa calidad de sí mismo), rompen con la relación inmediata de autoconciencias dejándolo completamente a

una relación de imágenes, representaciones o un conjunto de pixeles. Que luego al encontrarse en el mundo se ven los choques que esto puede causar, los disgustos y los malentendidos.

Además de esto, puede incluso decantar en violencia en el mundo *offline*, pues al estar pixelados permite la ocultación de nuestra imagen completa haciendo que dentro de la red

El poder de ser otro, de no mostrar el rostro ni de poder ser señalado como aquel que pronuncia ciertas palabras, libera a los usuarios de responsabilidad por lo expuesto y abre la posibilidad de ejercer violencia contra los otros. Aquí no es el anonimato, sino el disimulo por medio de pseudopersonalidades, lo que permite la violencia en la red. (Vargas, 2013)

Empero, esta situación puede llegar a difuminar la sutil diferencia entre las expresiones online y *offline* y, peor que esto, crea una discursividad que termina por normalizar comportamientos, los cuales claramente son reprochables, pues como se mencionó en un principio, es la expresión de la condición ontológica del humano.

Además, cabe recalcar las tesis de Alain Badiou de su libro *Elogio del amor* (2012), donde describe cómo el Internet y el aumento de la propaganda y la autopropaganda, es decir, la manera como nosotros mismos nos pixelamos conscientemente, al igual que los demás, se utilizan para poder encajar. Debido a esto, incluso, el amor está en riesgo, pues como solo se promociona la parte positiva, al tener ese encuentro entre negatividades, en sentido hegeliano, o sea, con el otro como autoconciencia frente a mí mismo, este encuentro no se soporta, pues usualmente este encuentro no suele ser satisfactorio; así, Badiou (2012) demuestra cómo el

amor en la postmodernidad se ve perjudicado, tanto por estas aplicaciones que tratan de brindar una seguridad eliminando todas o todos los posibles pretendientes que no sean de tu agrado o comodidad y, por otro lado, exacerbando ese hedonismo, el placer y el consumo, donde el otro pasa a ser simplemente un objeto que se debe adaptar a todas mis necesidades y deseos o si no lo desecho. Por lo tanto, como menciona Badiou (2012), es

en nombre de la aseguración personal, por medio de un arreglo de antemano que evite toda casualidad, todo encuentro, y finalmente, toda poesía existencial, en nombre de la categoría fundamental de la ausencia de riesgos. Luego, la segunda amenaza que se cierne sobre el amor es la que le niega toda importancia. La contrapartida de esta amenaza aseguradora consiste en afirmar que el amor es solo una variante del hedonismo generalizado, una variante de las distintas formas del goce. (p. 18)

Así, se evidencia cómo se busca esa protección del otro, esa falta de riesgo donde solo busco mi propia seguridad y confort, ese recelo hacia el otro como distinto a mí, pues este puede ser peligroso y amenaza la integridad de mi representación, y es por tal motivo que debo asegurarme en contra de este y se hace por medio de la eliminación de él o de ella, de su otredad en su totalidad; no se me permite un diálogo con el otro, de una vez se le va categorizando como el opuesto peligroso, lo pixelo hasta convertirlo en una mínima expresión de sí mismo.

A su vez, las redes sociales dañan aún más esta conexión del yo con el otro donde no se ven personas íntegras sino solo lo que estas quieren representar, sus pequeños pixeles, asumiendo así su posición de igual o de opuesto a

lo que se piensa. Por tal motivo, se considera que el distanciamiento social no empezó solo con las medidas tomadas por la pandemia sino que, por el contrario, cada vez nos manteníamos más distantes, más pixelados.

Lo que trae consigo el distanciamiento social de la pandemia es la total pixelización de la relación humana. Las clases, las visitas, las salidas, la información, todo termina mediado por una pantalla, donde no solo la representación propia afecta, sino incluso la calidad de imagen y de sonido. Ya las conversaciones, charlas y demás encuentros con los otros terminan en casi una interpretación propia de lo que se dice, por lo tanto, la igualdad incrementa, me asiento en lo que creo y opino, pixelando de esta forma a todos y cada uno de los seres que me encuentro dentro de la virtualidad.

Por otro lado, esto permitió la extraña síntesis entre miedo y virtualidad. Miedo al otro directo y aceptación de su yo pixelado. Pues las formas de propagación del virus se dan en el contacto lo cual hace que, en este momento, dar besos, abrazos o una simple charla casual sea mal vista. Hoy todo debe darse por medio de una pantalla, toda nuestra humanidad queda reducida a eso, a una imagen dentro de una pantalla mientras estamos encerrados, tampoco se puede dejar de lado el *big data* y la inmensa cantidad de información que hemos creado beneficiando así ciertos sectores económicos; empero, este no es el tema de interés de este escrito.

Por lo tanto, y retomando, se presenta un gran riesgo a largo plazo, donde el posthumanismo está a la vuelta de la esquina, siendo así el ser humano la única especie que posibilita su propia extinción. Junto con eso la inmensa deshumanización del otro, la falta de amor, de empatía, de reconocimiento, se aceptan de manera

tácita y casi que en consenso. Donde muchos grupos sociales abogan luchas unos contra los otros, pasando de largo el principal problema. Las redes, la postverdad, las *fake news*, el distanciamiento social, la falta de pensamiento crítico, el deseo de eliminación de la otredad, todo esto poco a poco va moldeando una sociedad que busca autodestruirse. Y si me preguntan a mí, prefiero vivir en el infierno del otro que en el paraíso de lo igual.

Referencias

- Álvarez, E. (2007). La génesis de la subjetividad: vida y autoconciencia en la fenomenología del espíritu de Hegel. *Eikasía*, III(15), 122-135.
- Badiou, A. (2012). *Elogio del amor*. Paidós.
- Hall, E. B. (1906). *The friends of Voltaire*. Spottiswoode & Co.
- Han, B.-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder.
- Hegel, G. W. (1968). *Filosofía del derecho*. Claridad.
- Hegel, G. W. (2008). *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica.
- Real Academia Española (RAE) (2019). *Definición de pixel*. <https://dle.rae.es/p%C3%ADxel#TGssWf3>
- Sartre, J.-P. (1944). *A puerta cerrada*. Lozada.
- Vargas, C. (2013). La vulnerabilidad en el perfil. En *Violencia en las redes sociales* (pp. 31-45). Estudio Paraíso.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia*. Paidós.